

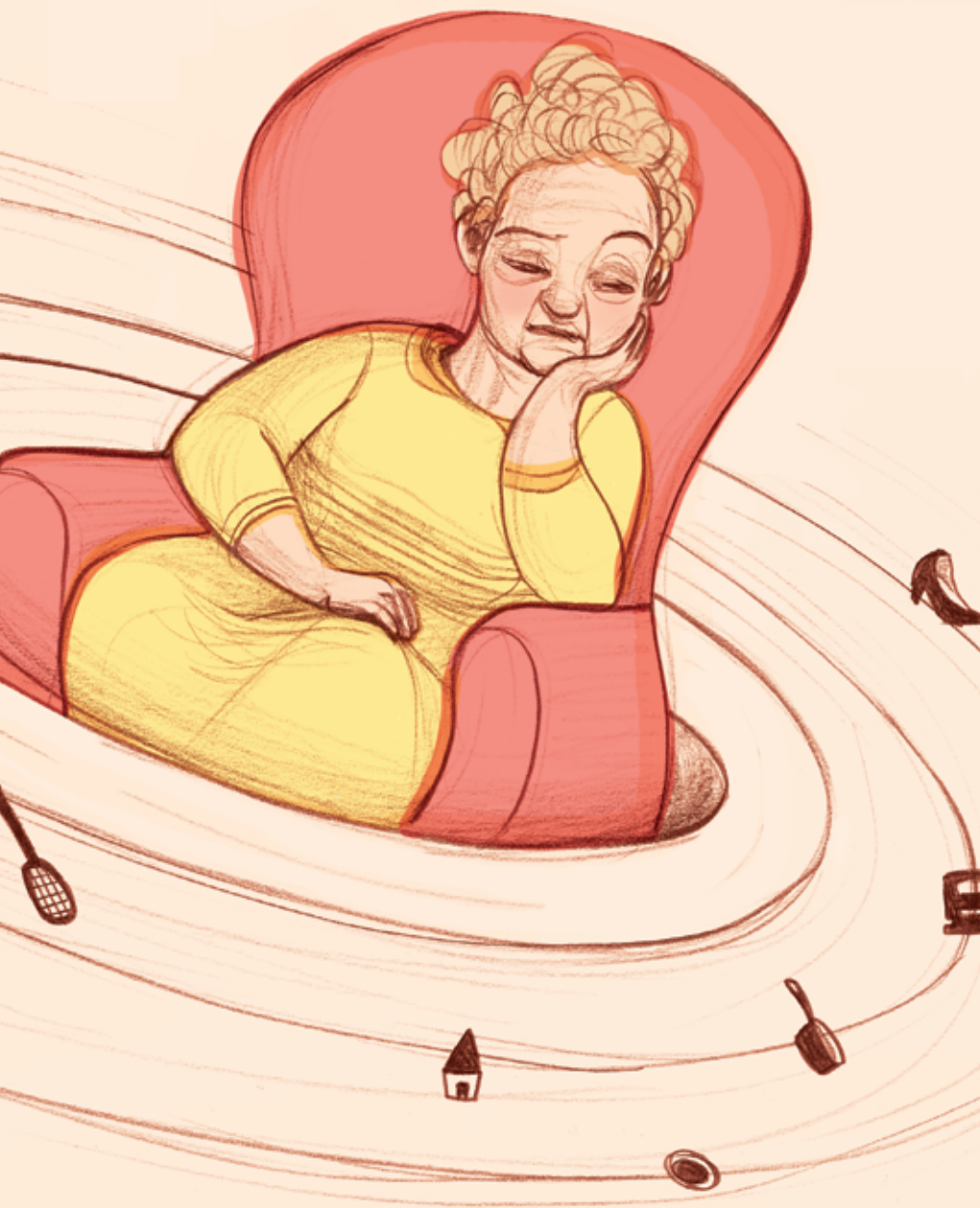
Hacía ya horas que la señora Adela estaba recostada en la butaca de su salón mirando al techo. Se aburría...

Desde que se había quedado viuda se aburría mucho. Por eso miraba el techo...

Aunque quizá habría sido mejor que mirase hacia otro lugar de aquel piso enorme situado en el centro de la ciudad.







Pero no lo hizo.

En vez de eso, trató de animarse y volvió a abrillantar la ya reluciente lámpara del salón. Era una lámpara preciosa, llena de cristales y tirabuzones de vidrio, de esas que llaman «arañas». A la señora Adela le gustaba que brillara y resplandeciese como una joya.

Ella insitía: cogía la escalera, la situaba justo debajo de la lámpara, tras ponerse la bata y las zapatillas, subía la escalera y, con una bayeta de algodón, un poquito de detergente y una esponja humedecida en agua y vinagre, se dedicaba a limpiar y volver a limpiar aquellos cristales de uno en uno.





Cling, cataling, tintineaban los
cristales. Era un hermoso sonido,
como una música de cascabeles.
Pero...



—¡Kgruck, kgruck, tufff, tufff!

—¿Y eso? —se preguntó la señora Adela—. ¿Qué es ese ruido?

Miró desde lo alto de la escalera casi tocando el techo y...

¿Qué es lo que vio?

